

CANTO INNECESARIO PARA UN LIBRO DE CANCIONES

Un canto innecesario para un libro de canciones es este prólogo que me ha pedido el autor para su segundo libro de Juegos Infantiles Tradicionales. Canto será pero innecesario, porque qué otra cosa puedo hacer que alabar y proclamar lo que por sí solo se alaba y proclama. Que libro de canciones es, fundamentalmente, esta segunda entrega —que no segunda parte— de juegos infantiles que nos da Alberto Rodríguez Alvarez. La primera —más briosa y saltarina— de niños, ésta —más entrañable y melodiosa— de niñas.

De entre el número infinito de juegos que existen, los hay solitarios o colectivos, sedentarios o deportivos, que se practican sin nada o que requieren de un instrumento, propios de la casa o exclusivos de la plaza, espontáneos o sometidos a fórmulas. Los hay también de niños y de niñas. Y los hay silenciosos y cantarines. Los de niños son más activos y anárquicos. Los de las niñas prefieren la canción. El patio de mi casa, El cocherito lerén, Matarilerilerón, San Serenin del Monte... Siempre se ha dicho del papel fundamental de la mujer como portadora principal de las tradiciones folklóricas. Y esas tradiciones se manifiestan en parte muy importante en los juegos infantiles. El acervo cultural y familiar que recibe el niño, al principio inconscientemente, en los brazos de la madre (nanas, canciones de cuna, trabalenguas, fórmulas, canciones seriadas...) se va incrementando poco a poco al relacionarse con otros niños con los juegos y canciones que éstos aportan, llegando a ser depositaria y portadora de un caudal de saber tradicional riquísimo y difícilmente cuantificable. Y en el final del ciclo, cuando sea abuela, transmitirá a su vez a sus nietos lo que durante siglos ha ido rodando y decantándose de generación en generación. Ese es el signo de lo tradicional. Así, los dos extremos de la vida, la niña y la abuela, serán las dos fuentes testimoniales más importantes del saber folklórico y tradicional. A ellas hay que acudir, curiosamente, cuando se pretende reconstruir una cultura de tipo oral testimonio de una época y de un vivir.

Dos son los juegos infantiles en donde con prioridad se manifiestan las canciones. Y los dos de niñas: el corro y la sogá (la comba). con ellos se hacen innumerables juegos variantes cada uno de los cuales tiene su propia canción. Buena prueba de ello son las que van aquí en este libro. Es un ramillete hermoso y abundante. Pero echo en falta otras que presumo también cantaban las niñas de Santa Cruz y de toda Canarias; las que constituyen el romancero infantil propiamente dicho: Mambrú, Dónde vas Alfonso XII, La malcasada («Me casó mi madre»), Las señas del esposo («Ahí viene la coronela»), Don Gato, Santa Catalina («En Cádiz hay una niña»), Santa Elena («Estando tres niñas»), etc., etc. Estas tienen una importancia singular porque ejercitan la memoria de los niños sobre una historia completa más o menos larga y son el testimonio último de una de las raíces más antiguas de nuestro folklore.

A las tres cualidades que el autor de este libro exige a un juego para que sea bueno, a saber: que sirva para correr mucho, para brincar bastante y para reír a mandíbula batiente, añadiría yo una cuarta para que sea tradicional: que aporte esencias y valores intemporales pero universales. Lo universal iguala y distingue a la vez, se adapta a lo particular con ritual propio sin perder lo que siendo esencial es general. Por eso animo al autor del libro para que al lado de la descripción de cada juego y de la letra con que se cantaba aparezca también la música particular correspondiente, tal cual se cantaba en los años que el autor trata de reconstruir. El documento folklórico sería definitivo.

Conocí a Alberto Rodríguez Álvarez cuando los dos estrenábamos docencia, sin apenas haber dejado de jugar. Pero nunca en los años que convivimos supe de sus aficiones literarias y lúdicas. Ahora, al cabo de 20 años intermedios de distancia, me demuestra que posee la doble y difícil cualidad del investigador y la del escritor. Que investigar es hurgar en la memoria propia y ajena para poner en orden lo que en la realidad está caótico y fragmentado. Que escritor bueno hay que ser para describir juegos sin apenas acción o que la tienen simultánea y embarullada. Y las dos cosas las hace Alberto admirablemente. Tan bien que su libro no sólo es recordatorio para los que fueron niños ayer sino manual de aprendizaje para los que lo son hoy.

Su Juegos Infantiles viene a llenar un hueco cada vez más difícil de llenar, porque los juegos infantiles propiamente tradicionales se acaban. A unas calles repletas de niños que corrían y niñas que cantaban han sucedido otras taponadas de coches e histéricas de prisa. Las plazas de antaño fueron ocupadas por edificios enormes de cemento y anonimato. En los colegios ya no hay tiempo ni lugar para el juego: las asignaturas son muchas y los patios pequeños. Los niños o niñas vecinos —si los hay— prefieren la Tele sedentaria. ¿Dónde buscar los diez

o quince niños necesarios para el juego? ¿Y en qué lugar poder jugar? ¿Y cuándo disponer del tiempo necesario?

Documento folklórico para la historia, pues, es este que nos ofrece Alberto Rodríguez. Porque colecciones de juegos infantiles canarios los hay, por ejemplo, en dos libros ya clásicos sobre el folclore infantil de Canarias: el de Luis Diego Cuscoy (1943) y el de José Pérez Vidal (1986), pero vistos desde otras perspectivas. El de Pérez Vidal —el más completo y documentado— incidiendo en los textos literarios de que se sirven los niños en sus canciones, con estudios muy pormenorizados sobre las distintas versiones de un mismo canto y continuas comparaciones con las otras versiones de la Península y de Hispanoamérica. El de Alberto Rodríguez, por su parte, incidiendo más en la descripción del propio juego y sus pormenores. Bajo esta perspectiva, el libro de Alberto es un buen manual, pues con su manejo puede reconstruirse fácilmente cualquier juego aun sin haberlo practicado de niño.

Libro para usar y libro para celebrar. Porque magia, ternura y nostalgia son las tres virtudes cardinales que envuelven los juegos de la infancia. Magia del propio juego, que cien veces repetido, mil, se presenta siempre nuevo y novedoso. Ternura de los jugadores que se creen, a la vez, soldados para la guerra y novias para el altar, saltimbanquis en escondites y reinas de la alta mar, capitanes y marineros, reyes y vasallos, corderos y lobos, policías y ladrones, amas y criadas, señoritas incluso soñadoras que esperan cobrarse la «prenda» con el beso inocente e intencionado al compañero del corro. Y nostalgia para quien echa la memoria atrás y oye que unas voces menudas se cuelan por la ventana cantando «Me casó mi madre, chiquita y bonita» para que el niño que todos llevamos dentro se conmueva y aspire a transformar el mundo con canciones de corro.

Alberto, buen amigo: celebro tu labor; me alegra que haya sido a través del folclore nuestro reencuentro y sobre todo, te agradezco el servicio que con tu libro prestas a la memoria cultural de Canarias en una parcela tan importante como son los juegos infantiles de tipo tradicional. Tus propios hijos, y los míos, y más aun los hijos de los nuestros podrán reconstruir con tu libro un tiempo ya perdido para ellos que se manifestaba más tierno, más singular, más humano que el que a ellos les tocará vivir. Y tu libro servirá de testimonio.

Maximiano Trapero